

LA CIUDAD DE SAN CRISTÓBAL



Fuente: Archivo Fotográfico MVM (2017)

TRAVESÍAS Y ESCENARIOS DE LA CIUDAD

MARIO VALERO MARTÍNEZ

A Isabel Alejandra

En este texto se indaga en la geografía de la ciudad asumida sin los convencionalismos y tradiciones que definen su campo disciplinar, sin el corsé de los rígidos métodos y técnicas tan frecuentes en sus estudios, pero sustentada en un sistemático y riguroso propósito exploratorio a partir de los itinerarios y las travesías urbanas trazadas en recurrentes viajes de idas y retornos por los lugares seleccionados, oteando en sus usos del presente, sin dejar de lado sus contextos histórico-culturales. Los itinerarios y las travesías urbanas se proyectan como viajes al interior del complejo tejido de la ciudad para auscultar en los significados de su origen, en las simbologías de los lugares donde se fraguan los relatos de sus habitantes en los encuentros cotidianos, en algunos casos ignorando su valoración cultural y casi siempre otorgándoles distintos atributos que propician otros usos utilitarios, a veces efímeros

Exploramos los lugares de la ciudad en sus múltiples movimientos ciudadanos, esos que no se reflejan en su historia ni en sus visuales estéticas, tampoco en sus clásicos o novedosos íconos y monumentos del espacio construido ni del paisaje observado¹. En este propósito concordamos con Martín-Barbero

¹ Parte de este texto fue presentado en el Foro Paisaje y Cultura 2008: Percepciones y emociones en torno a los paisajes. Organizado en la Escuela de Geografía e Instituto de Geografía y Conservación de la Universidad de Los Andes, realizado en la ciudad de Mérida entre del 15 al 17 de octubre del año 2008.

(2002, p. 275) “... *la figura* de la ciudad tiene menos que ver con la alta rigurosidad de los modelos de los expertos del edificar que con en el mosaico artesanal del habitar”. Por lo tanto, no solo se trata de mirar las fachadas de la materialidad espacial, sino, fundamentalmente, de adentrarse y explorar los eventos y acontecimientos humanos en sus usos e identificaciones habituales, pues como agrega el autor al texto citado “...Y ello nos descubre que la geografía de las identidades remite tanto las figuras que demarcan las calles y las plazas como a las fisuras que introduce el desorden de las experiencias y los relatos” (p. 275). Eso nos lleva a inferir que cada ciudad tiene su historia, pero contiene muchas historias al mismo tiempo, trastocando constantemente sus espacialidades; con razón se define como polisémica para subrayar en los significados de su diversidad socioespacial. En esas lecturas se incluyen los usos fragmentarios, las murallas interiores, los relatos de secretos y misterios urbanos, las identidades no visibles tejidas en las cotidianidades de los habitantes; todo esto revelan las panorámicas de su pluralidad paisajística.

En estas búsquedas nos reafirmamos en la compartida objeción a las posturas defensoras de los modelos estandarizados de las ciudades, aunque los planos configurativos tengan las mismas formas geométricas o presenten similares procesos históricos de gestación y desarrollo. Cada ciudad tiene su geografía variable, sus modos de vida particularizados, en cada una surgen y se re-crean los íconos materiales e inmateriales que forman parte de sus rasgos distintivos. Esto no implica negar las taxonomías o agrupamientos en rangos clasificatorios y funcionales útiles en los estudios comparativos (ciudades andinas, comerciales, fronteriza...). Tampoco supone obviar la proliferación de edificaciones y arquitecturas de gran similitud tan evidentes en las tendencias contemporáneas como por ejemplo el diseño y la funcionalidad de los grandes centros comerciales o la construcción de concesiones-franquicia para la venta de un determinado producto; pero incluso en estos casos, muchas cadenas de negocios incorporan algún ícono emblemático de la ciudad, un aspecto del costumbrismo local o un rasgo de su entorno físico-geográfico con el propósito de establecer un vínculo más cercano entre el habitante-consumidor. De igual manera afirmamos que siempre ha existido una tendencia a repetir la construcción de modelos urbanísticos para determinados ámbitos funcionales, por ejemplo, los mercados populares, la similitud o los patrones estandarizados de conjuntos y edificaciones residenciales en serie ya sean públicos o privadas.

Aun cuando se identifican todas estas modelos y no es una paradoja, las ciudades configuran sus singularidades distintivas. Los datos demográficos, las cifras comerciales, el emplazamiento, el espacio construido en su amplia variedad, así como las redes materiales y virtuales, se entrecruzan con los relatos, mitos,

leyendas, historias de vida, las identificaciones y usos cotidianos en lugares tradicionales y emergentes: el barrio y la urbanización cerrada; el mercado y el hipermercado; la plaza y el cibercafé; la calle comercial y el gran centro comercial (shopping center) tan sólo por mencionar unos arquetipos; asimismo es posible encontrar demarcaciones similares a los límites/fronterizos que revelan otros contrastes socioespaciales y territoriales al interior de las ciudades, reflejando no sólo fragmentaciones y disputas por el control del espacio urbano, también pueden indicar ámbitos de solidaridad o recreación.

ITINERARIOS, LUGARES Y SÍMBOLOS

Los itinerarios y las travesías urbanas entrelazadas con las geografías personales en el espacio vivido, las consideramos como opciones viables para hacer las lecturas de la ciudad y los significados que adquieren los lugares en sus diversos propósitos y fines. Nos referimos entre otros aspectos al hábitat y los encuentros ciudadanos, al intercambio entre ofertante y consumidor, a los espacios del ocio, entre otros, pero también a los sitios valorados para su evocación histórica y de igual manera los espacios que generan rechazos o topofobias, los que despiertan emocionalidad y afinidad, es decir, las topofilias en los usos cotidianos y todos aquellos que se incorporan a las simbologías referenciales para los habitantes en su andar por la ciudad. Como señala Tuan (2007, p. 41) “los significados de la mayor parte de los símbolos están ligados a la cultura. Podemos decir que los seres humanos tienen la tendencia a estructurar sus mundos en torno a un número limitado de categorías, que, a menudo incluyen, sustancias, colores, orientaciones espaciales, etc.” En suma, una parte del espacio construido, la historia del lugar, un determinado objeto, una situación, un evento, una calle, una esquina forman parte de los significantes sociales e individuales que se inscriben en la hoja de ruta y del quehacer cotidiano.

En las incursiones a las ciudades se captan en primera instancia unas imágenes que muestran a los lugares con sus luces, sombras, contornos y movimientos, aunque estas no son sólo visuales panorámicas, de ser así, podrían generar sesgos interpretativos. En esta perspectiva consideramos pertinente la sentencia de Lynch (2000, p.9) “en cada instante hay más de lo que la vista puede ver, más de lo que el oído puede oír, un escenario o un panorama que aguarda ser explorado. Nada se experimenta en sí mismo, sino siempre en relación con sus contornos, con las secuencias de los acontecimientos que llevan a ello, con el recuerdo de las experiencias anteriores”. Se trata de traspasar los límites de la rutina y de la mirada del simple observador para adentrarse en la ciudad,

removiendo sus escenarios relevantes, explorando sus significados socio-espaciales y descifrando sus metabolizaciones geo-culturales e históricas. En ese callejear, la percepción tiene una gran importancia para el habitante/viajero en la aproximación a los lugares de su interés, pues como lo advierte Jung (1992, p.57) “la percepción sensorial nos dice que algo existe; el pensamiento nos dice lo que es; el sentimiento si es agradable o no lo es; y la intuición nos dice de donde viene y a donde va”. Se trata en definitiva de leer en los lugares de la ciudad, los entrecruzamientos entre el espacio originario, el uso cotidiano y el espacio percibido (Figura 1).



Figura 1- Vista parcial del Centro de la ciudad, San Cristóbal.
Fuente: Archivo fotográfico MVM (2017).

SAN CRISTÓBAL, LA CIUDAD EXPLORADA

Con este enfoque geográfico sobre los itinerarios y las travesías hemos recorrido y explorado una parte de la ciudad de San Cristóbal, capital del estado Táchira, entidad limítrofe con la vecina república de Colombia. A la ciudad le asignamos dos identificadores geo-culturales: andina y fronteriza. La ciudad

andina está emplazada en un valle de los andes venezolanos que forman la continuación más septentrional de la cordillera andina suramericana, conocida como cordillera de Mérida o de los Andes. Este sistema montañoso como lo describe Vivas (1992, p.3 y 2012, p.37) representa la bifurcación terminal de la Cordillera Oriental de Colombia que en territorio venezolano conforma dos ramales montañosos: la sierra de Perijá desplazado ligeramente de suroeste a noreste con una extensión de 7.500 km² en Venezuela y otro ancho más extenso, orientado de suroeste a noroeste con unos 40.000 km². En este paisaje montañoso se localiza San Cristóbal donde residen 263.765 habitantes (Censo 2011), rodeada de una geodiversidad con predominantes montañas bajas y una biodiversidad de variadas especies animales y vegetales que conforman el paisaje natural de su entorno, representado en el parque Nacional Chorro del Indio al este y la cuenca del río Torbes al oeste de la ciudad.

La ciudad fronteriza se define no sólo por su ubicación geográfica en su condición de capital del estado Táchira, la entidad fronteriza con mayor dinamismo relacional en ámbitos binacionales con Colombia, también debido a sus fluidas interconexiones con las ciudades venezolanas de San Antonio y Ureña localizadas en los bordes fronterizos venezolanos que se extienden a las interacciones y los intercambios en un amplio espacio regional y binacional que abarca a la ciudad de Cúcuta, capital del departamento Norte de Santander en las fronteras con Colombia, conformando un paisaje de cruces cotidianos, historias compartidas, solidaridades, dificultades y conflictos. Es, como se ha señalado en Valero (2004), la configuración de una geografía social con espacios fronterizos integrados y sustentados en la movilidad cotidiana de sus habitantes, para los cuales los límites/fronterizos son una parte de la simbología que definen las nacionalidades sin constituir obstáculo cultural al establecimiento de redes socioespaciales transfronterizas.

El lugar seleccionado en el itinerario para inicio del recorrido de la ciudad es la Plaza Juan Maldonado, sitio donde se fundó San Cristóbal en el año 1561; el nombre de esta plaza honra al fundador y es un escenario reconstruido para recordar tanto el sitio como el acto fundacional, un lugar representativo del espacio urbano primigenio, por lo tanto no se encuentran allí vestigios materiales ni rasgos de patrimonio arquitectónico de su pasado, tal como es característico en centros y cascos históricos de muchas ciudades hispánicas, aunque es el lugar tradicional donde se ha reproducido la organización dada al asentamiento originario de conformidad con lo demandado para las fundaciones hispánicas en América. Castillo (1987) documenta extensamente que se desconoce el Acta de fundación de la ciudad con todas esas ceremonias de rigor, aunque no faltan las crónicas y trabajos historiográficos que relatan las hazañas del Capitán

LAS CIUDADES ENTRE MIRADAS DIVERSAS

Maldonado acompañado de una veintena de hombres, mezcla de civiles y militares la mayoría con rango de soldados, en expedición emprendida desde Pamplona -Colombia- al Valle de las Auyamas o de Santiago de acuerdo con la visión hispánica relacionada con el nombre del sitio fundacional, donde se cumplió con ritual hispano: toma de posesión territorial, trazado el sitio de la Plaza Mayor, ubicación de la iglesia, la casa del cabildo, las residencias de sus primeros habitantes y la delimitación de los extensos linderos territoriales bajo su dominio (Figura 2).



Figura 2.- San Cristóbal, 1883. Plano de Martínez García.

Fuente: Reproducido por Duran (1994).

Como dato curioso no obstante, se le asignó el nombre cristiano dado al patrón de los viajeros: San Cristóbal; pero a decir de algunos historiadores el nombre rinde homenaje al Parroquial de San Cristóbal, en Salamanca, España,

donde Juan Maldonado asistía a los oficios religiosos, cerca de la calle de Calderos lugar de su residencia

Con ese acto el fundador estableció las bases de la Villa de San Cristóbal que al poco tiempo dejó bajo resguardo de los soldados y unos pocos civiles, para retornar a Pamplona donde murió diez años después. Los propósitos para su levantamiento en el ámbito geográfico seleccionado, un valle relativamente cercano a la margen derecha del río Torbes, se la han dado varias interpretaciones en la historiografía venezolana. Velásquez (1975, p.15) en el discurso con motivo de la celebración de los 400 años de fundada la ciudad argumenta que la ciudad nació “a petición de los vecinos de Pamplona como un puesto de recurso, como un oasis, como un alto en el camino del Nuevo Reino de Mérida. Sitio para el reposo, para la recuperación, para el descanso”; esta versión se podría interpretar como una reivindicación del el significado geoestratégico en la fundación de San Cristóbal. La ciudad señala Velásquez, “aparece desde el primer día como lo que es y ha sido siempre: un muro de comprensión para la tregua”, agregando además, la importancia de su marcada extensión como base territorial asociada a la posterior organización territorial del estado Táchira. Se definió entonces, la creación de la villa como lugar de paso a partir de la cual se demarcaron las nuevas fronteras andinas.

Desde otros enfoques se podría deducir unas interpretaciones no necesariamente contradictoria con las versiones antes citadas, al insinuarse que en la idea del fundador y de las autoridades de Pamplona que estimularon la aventura fundacional, estaba presente el afán del control territorial como consecuencia de la permanente disputa promovida por las similares ambiciones de conquistadores y colonizadores que se adentraron en estas tierras andinas²; o como señala Romero (1999, p.42) “la ciudad latinoamericana fue originalmente sólo una etapa, un centro de reagrupamiento de personas y cosas para asegurar la prosecución de la marcha hacia regiones lejanas o peligrosas”. Bien se ha reseñado que la fundación de villas y ciudades sirvió de coartada para variados propósitos y en el caso de San Cristóbal podría inferirse o especularse que no sólo fue villa de descanso y tránsito.

Durante un largo período la villa se caracterizó por la vida modesta de sus habitantes. Cárdenas (1978, p.15) especula que “desde los cerros vecinos, por los caminos que conducían a Pamplona y Santa Fe, podían contemplar los pobladores que se allegaban a la villa de San Cristóbal a vivir en ella, en los inicios de 1600 la rústica iglesia de techo de paja, ceñida de estantillos cortados con el bosque cercano con su fachada ausente de campanas y sus primeras manzanas cortadas en

² Una extenso trabajo documental y analítico se encuentra en: Castillo Lara, L. (1987); Elementos históricos del San Cristóbal Colonial. Proceso Formativo. Biblioteca de Autores Tachirenses.

solares donde crecían árboles”; para entonces, según la fuente citada, la Villa no superaba los cuarenta vecinos en la primera década del siglo XVII.

Las crónicas dan cuenta de una villa pobre, que algunos calificaban despectivamente de villorrio insignificante con relación a otros centros poblados cercanos de mayor importancia política, pero también estuvo signada por un conjunto eventos sísmicos y acontecimientos sociales y económicos que influyeron en su lenta consolidación y expansión desde el momento de su fundación. Eventualidades que seguramente incidieron en la vida cotidiana de sus moradores (Figura 2).

Pero este texto no tiene entre sus objetivos detenerse en la historia fundacional de la ciudad, además las narrativas históricas también son variopintas, algunas han reflejado o se han aproximado al análisis de sus realidades sustentadas en documentación histórica, otras son imprecisas, sin sustentación y no faltan las que cuentan historietas de épicas fantasiosas, enaltecedoras de figuras aborígenes o de heroicos conquistadores, contadas de acuerdo a la orientación y hasta la posición ideológica de quienes relatan los acontecimientos. Tal vez esto forme parte de las herencias e influencias de cronistas y viajeros en la mezcla de ficciones, fábulas y realidades, pues como señala Medina (1992, XI) en la presentación del libro *Historia real y fantástica del nuevo mundo*, “realidad e imaginación se fusionan hasta crear una nueva geografía hija de la propensión milagrera: dimensión atrevida, salto en la oscuridad que nada tiene que envidiarle a los libros y películas de ciencia-ficción de la cuales son el origen lejano...”. Muchas historietas locales están impregnadas de ficciones con las que han pretendido magnificar los lugares y acontecimientos geohistóricos.

LA PLAZA, ESCENARIO FUNDACIONAL

El sitio geográfico e histórico asiento de la Plaza Juan Maldonado fue objeto de múltiples transformaciones y cambios de nombres³ que reflejaron intereses políticos y religiosos locales, pero el escenario actual es predominantemente de la década de los años 60, reconstruido como símbolo temático originario, a propósito de la celebración de los cuatrocientos años del acto fundacional de San Cristóbal⁴. Ambos, sitio y escenario dan la sensación de lugar escondido, un rincón a espaldas de la ciudad. Para muchos, una plaza más, escasamente identificada en su significado, lo que podría explicarse en parte por la tendencia

³ De acuerdo con algunos historiadores es posible que originalmente se denominara Plaza Mayor, para luego denominarse Plaza Principal, Plaza Bolívar y Plaza Miranda, hasta que en 1960, con motivo de las celebraciones de los 400 años de fundación de la ciudad de San Cristóbal, las autoridades municipales el nombre de Juan Maldonado (HERNÁNDEZ, 2016, p.125).

⁴ Acuerdo del Consejo Municipal del Distrito San Cristóbal de 1960. Reproducido en Moreno (2007, p. 56-57)

persistente en estos ámbitos locales a dar poca importancia cultural y en algunos casos a trastocar la memoria histórica del lugar en su sentido originario o en cierto modo se ha diluido su significado geográfico e histórico para convertirse en insignificante sitio.

Pasearse por la Plaza es encontrarse con una cotidianidad diversa asociada predominantemente a la funcionalidad edificatoria de su entorno. Al noreste se define un ángulo caracterizado por la valoración funcional otorgada a una edificación sede de varios organismos oficiales públicos, conocido como Edificio Nacional que se comparte diagonalmente con la simbología religiosa de la Catedral y la Casa Episcopal, sede de la Diócesis de San Cristóbal. Al suroeste en el espacio que bordea la Plaza está ocupado por viviendas de una sola planta, muy deterioradas y con diferentes usos: bufetes, escuelas, talleres mecánicos, estacionamientos, venta de licores y otros oficios. Un entorno de marcados contrastes y una cotidianidad que no es predominantemente de ocio, salvo para los escolares que la utilizan como campo de fútbol. La gente se reúne en espera de los servicios que se prestan en los alrededores, básicamente los vinculados al Edificio Nacional, así como a los servicios religiosos de la Catedral. Por lo demás, es un espacio de tránsito para los habitantes de barrios adyacentes y de uso comercial para eventuales vendedores ambulantes.

Al norte de la Plaza se encuentra la contra-fachada del Edificio Nacional, una estructura que se percibe funcionalmente similar a una barrera que encierra la plaza o el sitio fundacional y lo separa al norte de los espacios inmediatos. El edificio a primera vista se visualiza sobrio, aunque se aprecia el proceso de deterioro; pero una parte del sitio, no la edificación, tiene una oscura historia. Hasta finales del siglo XIX allí funcionó el Fuerte Tapia y era, cuenta en sus crónicas sobre la ciudad Anselmo (1960, p. 24) "...la fatídica y tenebrosa Cárcel Pública, en cuyos húmedos y oscuros calabozos fueron sacrificados innumerables víctimas de la tiranía gomecista. Conocimos aquellos infectos calabozos que llevaban singulares nombres como El Tigre, La Zamurera, El Balcón, El Turpial, El Olvido" Continúa la descripción detallando los castigos horrendos a que eran sometidos los presos políticos por el suelo de tierra y los sitios más oscuros donde se confinaban los presos que faltaban a la disciplina carcelaria, "en el ala derecha del corredor estaba el calabozo de las mujeres, eternamente cerrado, en el cual languidecían las vidas de las infelices que tenían la tremenda desgracia de caer en aquel antro tenebroso" De igual manera se reseña que "en la esquina que hace diagonal con la Catedral, estaba el Cuartel Nacional. En sus patios, en la época de Gómez, azotaban a los presos políticos al compás de un redoblante de guerra...". Este es uno de los testimonios urbanos de un período oprobioso para

Venezuela, sometida por la dictadura del caudillo militar Juan Vicente Gómez (1908-1935) y sus agentes locales.

En la plaza nos surge una incógnita ¿Se ocultan o se olvidan estas historias del lugar? Es la historia fea del sitio que muchos la desconocen, otros omiten la barbarie del dictador oriundo de estas tierras tachirenses para sustituirlas por extraños fanatismos regionalistas de agentes locales para exaltar la imagen de “hijo ilustre”, llegándose al extremo de identificar a un aeropuerto y una parroquia con su nombre y durante largo tiempo su figura fue utilizada como símbolo promocional del turismo.

El Edificio Nacional fue inaugurado por primera vez en el año 1946 en el corto período del gobierno democrático presidido por el escritor Rómulo Gallegos que fue derrocado un año después para imponer otro terrorífico régimen militar dirigido por otro tachirense, Marcos Pérez Jiménez, para entonces el edificio se utilizó como sede del temido cuerpo policial conocido como la Seguridad Nacional.

Marcado por esa tenebrosa historia el sitio y la edificación, el lugar, sigue teniendo vinculación con el mundo del presidiario pues en gran parte de sus instalaciones funcionan los tribunales de justicia o Palacio de Justicia del estado Táchira y es la sede de la presentación semanal de los privados de libertad en sus audiencias penales y civiles; pero también es asiento del Instituto Postal Telegráfico y otras dependencias oficiales. El Edificio Nacional ha sido catalogado como una obra de destacado valor cultural por su arquitectura, expresión de la transición de lo clásico a lo moderno y por su técnica constructiva en la utilización de concreto armado; por tanto, se califica como representante del patrimonio moderno de la ciudad. El sitio y la edificación tal vez asociado a su histórico pasado carcelario, fue en un escenario ya olvidado de mitos y las leyendas populares de nocturnales y oscuros secretos, ruidos extraños, pasos tenebrosos, lejanas voces y quejidos, puertas que se abren y cierran como en las películas de terror y hasta aparecidos en el área donde funcionaban los calabozos. Estas leyendas de espantos y aparecidos siempre tienen el mismo patrón, se cuenta a través una tercera persona que lo escucho, aunque nada se ve pero siempre se afirma su “presencia” como alma en pena que cada noche emerge de la ultratumba y desanda por sus pasillos. Esto formaba parte de los mitos que atrapaban a los lugares donde se han vivido historias tenebrosas.

Viramos al este de la Plaza Juan Maldonado donde se encuentra la Catedral ocupando, al parecer, es el mismo lugar asignado a la iglesia cuando se fundó la ciudad y se especula en los estudios históricos que en esa primera versión fue construida de paredes de bahareque y techo de paja. En 1869 la iglesia se sustituyó por una mejor edificación de ladrillo pero fue destruida por un

terremoto cuyo epicentro fue Cúcuta, Colombia, que además, tuvo efectos devastadores en varias poblaciones tachirenses. La iglesia posteriormente reconstruida, dicen los expertos, es una mezcla de estilos románico, toscano y neogótico, coincidente con el auge cafetalero tachirense a finales del siglo XIX. En la segunda década del siglo XX al fundar la Diócesis de la ciudad, fue transformada en Catedral y para celebrar los cuatrocientos años de la fundación de San Cristóbal en 1961, se realizaron significativas modificaciones con el objeto de recrear el escenario de la fundación históricamente imaginada. Al lado de la Catedral se ubica la Casa Episcopal, sede de la Diócesis de San Cristóbal y en su conjunto representan la simbología religiosa de mayor importancia regional (Figura 3).



Figura 3.- Plaza Juan Maldonado, el Edificio Nacional y La Catedral. Sitio de fundación de San Cristóbal.
Fuente: Archivo fotográfico MVM (2017).

En estas dos edificaciones se sintetiza parte de la historia de dos contrastantes lugares, a un lado el sitio que ocupó la cárcel, donde posteriormente se construyó el Edificio Nacional y en la actualidad funcionan los juzgados de justicia; en el otro diagonalmente está La Catedral. En este espacio se constata la

presencia y movilidad de dos principales protagonistas, los presos y los feligreses, desde otra perspectiva los podemos describir como imágenes del uso fragmentado del espacio construido en los límites de la plaza y dos símbolos separados por otro borde representan el ejercicio del poder en sus ámbitos fronterizos, la justicia y la religión.

En el territorio venezolano las plazas no son solo espacios simbólicos del entorno construido, también y fundamentalmente son lugares geográficos vinculados a la organización urbana, por lo tanto, son ámbitos referenciales de la gente para sus movilidades y lugares de variados encuentros; vistos así, las plazas tienen un enorme significado socioespacial. Aún no desaparecen como fue pronosticado desde ciertas teorías críticas del urbanismo a partir del surgimiento en todas las ciudades de los grandes centros comerciales como fenómeno de la globalización y de la proliferación de los locales llamados ciberespacios como resultado de la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación. Las plazas no pierden su vigencia, al menos en nuestros ámbitos territoriales venezolanos, incluso muchas se han convertido en símbolo de las protestas políticas y sociales, así como han servido para el control del poder político. Como suele ocurrir en todos los lugares, algunas plazas se transforman otras se marginalizan por el crecimiento de las ciudades, pero también se reivindican en los urbanismos emergentes y siguen teniendo ese sentido de lugar para la recreación y el encuentro diverso.

LAS TRAVESÍAS EN EL ESPACIO TRADICIONAL DE LA CIUDAD

Al salir del sitio histórico-fundacional por una de las conexiones callejeras nos adentramos en el tradicional centro de la ciudad hasta llegar a su principal lugar referencial, la Plaza Bolívar⁵, un emblemático sitio que está presente, casi obligatoriamente, en todas las ciudades y centros poblados de Venezuela. La plaza en su primera versión se denominó El Pantano, en alusión a las condiciones físicas del sitio de emplazamiento, seleccionado por las autoridades municipales de San Cristóbal en 1859 y para ese año la ciudad era la capital de la Provincia del Táchira⁶. Junto a esta plaza, (entonces se denominaba Páez), se encontraba el Mercado Cubierto cuya construcción fue impulsada por un grupo de comerciantes locales; Chiossone (1960, p.96) reseña que “en el primer contrato celebrado entre la Municipalidad y la Compañía Anónima del Mercado Cubierto, en el año

⁵ A Esta plaza se le asignaron varios nombres en distinta época, de acuerdo al registro de Hernández (2016) sus denominaciones fueron: Plaza El Pantano, Plaza del Mercado Cubierto, Plaza Guzmán Blanco, Plaza Central, Plaza Páez, Parque Bolívar y Plaza Bolívar.

⁶ San Cristóbal, capital de la provincia del Táchira en 1856, tal como se estableció en la nueva Ley de División Territorial que reorganizó el territorio de Venezuela en 21 provincias (VALERO, 2009, 180).

1874, se determinan las personas autorizadas por el Consejo Municipal para promover la fundación que debería emprender la construcción del Mercado Cubierto". Esta alianza reflejó el momento expansivo de la ciudad comercial, asociado al crecimiento económico de las últimas décadas del siglo XIX y sustentado en la explotación y exploración del café, que generó prosperidad no sólo en la provincia del Táchira, también se extendió en gran parte de los andes venezolanos. Un factor influyente en esta dinámica económica estuvo asociado a la inmigración, fundamentalmente de alemanes, italianos y colombianos que se establecieron en estos territorios vinculados a las actividades productivas del café y otras actividades comerciales.

La consolidación y el progresivo incremento de las actividades en este espacio comercial configuraron una nueva centralidad en la ciudad de San Cristóbal que definitivamente desplazó y marginalizó el sitio histórico-fundacional e introdujo transformaciones urbanas en la ciudad. Muñoz (1985, p.151) señala que "San Cristóbal, el centro comercial más importante del Táchira, tenía muchos establecimientos clasificados como almacenes, tiendas, boticas y bodegas. Estas categorías estaban basadas según el tipo de mercancías que vendían y el volumen de ventas y ganancias". El Almacén era considerado el más rentable y la bodega el establecimiento que reportaba menores beneficios y según el autor citado "mientras las bodegas permanecían en manos de venezolanos e italianos, las firmas alemanas de Minlos Breuer, Anderssen Moller y Van Dissel y Thies dominaban las tres categorías principales de tiendas para el año 1890..." (p. 151). En la antigua calle del comercio a un costado de la plaza se localizaban las variadas casas comercializadoras y almacenes que ofertaban desde la mercancía importada de Europa, artículos de quincallería, ferretería, cristalería, así como tiendas especializadas en artículos suntuarios; muchos almacenes y tiendas complementaban la oferta con un departamento de botica de drogas y medicinas provenientes de fábricas del exterior. La moda europea fue otro destacado aspecto que se introdujo en la ciudad, generando significativas influencias culturales que se entremezclaron con los modos de vida aldeanos.

La importancia comercial de San Cristóbal trascendió a sus ámbitos locales, no sólo porque era un importante centro de influencia en sus ámbitos provinciales, también porque se convirtió en ciudad-encrucijada de las relaciones del "vasto territorio comercial bifurcado en una amplia red espacial de conexiones al oeste con la ciudad de Cúcuta en Colombia y hacia el norte con el lago de Maracaibo, desde donde se estableció un puente con los mercados internacionales, especialmente Alemania y Estados Unidos, países destinatarios de la mayor parte de las exportaciones cafetaleras" (VALERO, 2009, p.181).

¿Qué huella material ha quedado de aquel espacio comercial decimonónico y de las primeras décadas del siglo XX? La respuesta es muy sencilla, poco o casi nada. Después del auge y la caída de la producción cafetalera andina en la tercera década del siglo XX, la ciudad atravesó por un proceso de estancamiento que afectó su desarrollo urbano. El Mercado Cubierto fue arrasado por un incendio en el año 1964, las causas de aquel atroz evento no fueron suficientemente aclaradas y no faltaron las especulaciones sobre oscuros intereses locales. Posteriormente en el intento reformador de la ciudad, que fue calificado por algunos especialistas como proceso modernizador urbano, se construyeron dos importantes obras viales, la avenida Francisco García de Hevia o popularmente conocida como Quinta Avenida en el año 1967 y luego la avenida Isaías Medina Angarita o Séptima Avenida para la toponimia popular en el año 1971, ambas vías estaban previstas en los planes de gestión pública local con el objetivo de conectar el norte y sur de la ciudad, esto obligó a la demolición de 56 manzanas y con ello gran parte de la huella urbana del siglo XIX y principios del siglo XX, además fragmentó el tradicional centro comercial y urbano de la ciudad y no se previeron o no se implementaron alternativas para reconfigurar su funcionalidad ni remodelar su organización espacial que, a pesar de la construcción de esas vías de comunicación, se advertía para entonces un proceso de decadencia y abandono.

El deterioro de este espacio se aceleró en los años siguientes y para complemento la fealdad urbana se impuso a mediados de los años 80 con la construcción de un edificio en los terrenos donde funcionaba el incinerado Mercado Cubierto. Esa edificación formaba parte del plan para la transformación del centro de la ciudad y se proyectó bajo la denominación de Centro Cívico desde mediados de la década de los años 70. De este plan solo se construyó un edificio Centro Cívico San Cristóbal, inaugurado en el año 1986, que en nuestro recorrido lo percibimos deslucido, desubicado, sombrío y laberíntico en su interior, un lugar que genera topofobias (Figura 4). Curiosamente, una parte de ese Centro Cívico, tal como ocurrió con el antiguo mercado, fue devorado por un incendio en el año 2006 en los locales donde funcionaba la Asamblea Legislativa y la Contraloría del estado Táchira y, al igual que en aquella ocasión, no faltaron las especulaciones sobre las causas del incendio, al parecer provocado intencionalmente para incinerar documentos probatorios de la corrupción de autoridades gubernamentales estatales.

En este céntrico espacio de la ciudad es inocultable la intensificación del proceso de deterioro no sólo sus estructuras físicas, sobre todo en las “casas viejas” como se describen en la imagen popular y coincidente con la opinión de ciertas tendencias arquitectónicas locales “modernistas”. También se aprecia en

las construcciones más recientes que no dudamos en calificar como disformes y se podría especular que probablemente responden a la influencia amorfa del edificio del Centro Cívico. A esta morfología urbana se agrega una intervención desbordada de ocupaciones y apropiaciones informales del espacio público que no se restringe a las actividades de los vendedores ambulantes, sino que se extiende a todo una serie de alteraciones urbanas generadoras de la degradación ambiental. Se ha difuminado una parte de la historia y la geografía del lugar sobre el que ha emergido un espacio monótono que nos genera una marcada imagen topofóbica.



Figura 4- Al fondo el Edificio Centro Cívico inaugurado en 1986.

Fuente: Archivo fotográfico MVM (2015).

No se entienda esta perspectiva como una postura negadora o de resistencia a la aceptación de las transformaciones urbanas; las ciudades no permanecen inalteradas aunque preserven los trazados y parte de sus construcciones originarias como resguardo de su historia, siempre están sometidas a pequeña y grandes modificaciones como resultado de los movimientos de sus habitantes, pero también de múltiples agentes públicos y privados con variados propósitos.

Estas modificaciones están vinculadas a factores que intervienen en las dinámicas urbanas como el proceso de ocupación y distribución espacial, los modelos desarrollo económicos, políticos y culturales, la expansión tecnológica, los

procesos y las variables demográficas. Pero estos y otros componentes no son aislados y están asociados a los cambios ocasionados en los modelos territoriales, ya sean por la incidencia de procesos socioespaciales al interior de los países, por las influencias de la globalización. Estos son aspectos imprescindibles para analizar el desenvolvimiento de las ciudades, pero resultan incompletos sino se exploran otras dimensiones de sus habitantes expresadas en el hábitat y en la vida cotidiana. “El habitante construye y organiza el espacio geográfico, por lo tanto es algo más que una persona que vive en la ciudad con derechos, deberes y comprometido consigo y con su entorno” (VALERO, 2004, p.23) Todo esto forma parte una dinámica en la que intervienen diversos actores y agentes con sus variados intereses sociales y colectivos que se van entremezclando para edificar y reedificar de manera permanente el espacio urbano, asiento de la ciudad.

Nos hemos preguntado qué queda del espacio urbano decimonónico y de principios de siglo XX en este centro de la ciudad y lo hacemos no como simple añoranza del pasado o para la negación de los cambios en la ciudad. En suma, no se trata de hacer estático el lugar, pero pensamos en la huella que también da vida al presente, que recuerda parte las memorias geográficas, las historias de vida de sus habitantes y sus contextos y conexiones geo-culturales. La respuesta a la interrogante es simple, lo que queda un símbolo representativo correspondiente a una importante comercializador del café, la reconstruida Casa Steinvorth fundada entre 1884 y 1880 y localizada a un costado de la Plaza Bolívar (Figura 5) y al frente una edificación cultural neoclásica de principios del siglo XX conocida como Ateneo de San Cristóbal o Salón de Lectura, inaugurado en 1938 e impulsado por un movimiento cultural que se gestó en la ciudad en el año 1907 con la fundación de un salón de lectura que reunió en la ciudad, según Hernández (2007, p.4) “a notables representantes de la intelectualidad tachirense de entonces, que sólo pretendía un sitio para leer, para pasarla bien...”.

Pero en esta segunda década del siglo XXI estos espacios se encuentran marginalizados, atrapados en el deterioro urbano y en el caso de la reconstruida casa, opera como sectorio espacio de la actividad “cultural” oficial bajo las directrices impuestas por ese esperpento que el gobierno nacional denomina “revolución bolivariana”. La cultura, ha escrito Ramos (2012, p.23) “... es lo contrario del pensamiento homogéneo. Nada más pernicioso que encauzar las nociones de cultura, comunidad, identidad en el tubo político de una idea central que se espera repitan y coreen todos”. Hay consenso en que la cultura es diversidad y creatividad, pero también cohabitación y acervo que asimismo, tiene inseparables vínculos los procesos de ocupación, apropiación y organización del territorio



Figura 5.- Casa Steinvorh, fundada entre 1884 y 1880.
Fuente: Archivo Fotográfico MVM (2015).

LA TRAVESÍA. ESCENARIOS COMERCIALES Y EL EFECTO FRONTERAS

En las dos últimas décadas del siglo XX este céntrico espacio de la ciudad se saturó en su oferta comercial y progresivamente se fue desarrollando un proceso de crecimiento comercial en los tradicionales espacios residenciales al este de la ciudad. Los populares barrios San Carlos y Barrio Obrero recibieron las presiones de la expansión comercial, que en principio generaron modificaciones parciales en sus áreas residenciales, convirtiéndose en el novedoso espacio referencial de la ciudad, que apuntaba a configurar otra centralidad comercial (Figura 6). Todo este proceso empezó a expandirse lentamente a mediados de la década de los años 80 del siglo pasado y parte de su explicación la asociamos a las dinámicas fronterizas regionales entre Venezuela y Colombia y sus repercusiones en la ciudad de San Cristóbal, lo que requiere una breve explicación.

Los espacios geográficos de fronteras entre Venezuela y Colombia se han caracterizado históricamente por sus fluidas interacciones no limitadas al ámbito comercial, que han fraguado una interdependencia multifactorial bilateral a escalas local y regional. Los habitantes de ambos países se desplazan en movilidad pendular por razones familiares, laborales y comerciales, estos dos

últimos ámbitos se han visto estimulado por las ventajas obtenidas en cada ámbito fronterizo, casi siempre influido por el cambio monetario bolívar/peso. Hasta el año 1982 los cruces de los habitantes venezolanos tenían como destino privilegiado las fronteras colombianas, especialmente la ciudad de Cúcuta con fines comerciales; en sentido contrario, con destino a territorio venezolano, lo hacía mayoritariamente la población colombiana emigrante, motivados básicamente por razones laborales. La crisis económica de Venezuela del año 1982 obligó al gobierno nacional a implementar urgentes medidas monetarias entre las que destacamos, por sus repercusiones fronterizas, la relación cambiaria bolívar / dólar; esta decisión tuvo un efecto desencadenante e inmediato en la relación cambiaria bolívar/peso colombiano, que a su vez se reflejó visiblemente en los considerables cambios en las movilidades transfronterizas.



Figura 6.- Calle del barrio San Carlos.
Fuente: Archivo fotográfico MVM (2017).

Las ciudades fronterizas de Colombia, especialmente la vecina Cúcuta y su entorno urbano que por más de tres décadas fue receptora de compradores venezolanos, entraron en crisis, para entonces ya no resultaba ventajoso a los venezolanos adquirir bienes y servicios en aquellas ciudades pues el bolívar se devaluó con relación al peso. La relación se invirtió, el incipiente comercio de las ciudades de fronteras, incluida San Cristóbal experimentó una onda expansiva al

tener que atender la demanda interna de compradores venezolanos, así como también de los procedentes del lado colombiano que ahora resultaban favorecidos por el cambio de las monedas locales. Resaltamos esta particular circunstancia porque se considera desde las perspectivas de nuestros estudios de fronteras (Valero, 2002), que tuvo una gran impacto en los acelerados cambios en el incremento de la oferta comercial de San Cristóbal que, con sus altibajos, se mantuvo hasta la última décadas del siglo XX. Resaltamos así las repercusiones de esta situación en la movilidad transfronteriza y sus en los cambios de la dinámica urbana y comercial de San Cristóbal.

El proceso se extendió a otros sectores de la ciudad, alcanzando en algunos casos cierta especialización tal como ocurrió en populares zonas de la ciudad. Un factor significativo en estos cambios urbanos fue la proliferación de los llamados centros o mini-centros comerciales entre los años 1990 hasta 2002 pues en ese período se reacondicionaron o construyeron alrededor de 50 edificaciones con estas características⁷ a lo que se sumó el incremento de hipermercados, franquicias de grandes tiendas nacionales e internacionales y los representantes de empresas mayoristas gran parte de procedencia colombiana (Valero, 2008); otro factor influyente fue el crecimiento de las ventas ambulantes, sobre todo en el tradicional centro comercial de la ciudad que se hizo más visible en la primera década del siglo XXI (Valero, 2013).

Una de las primeras edificaciones construidas para concentrar la oferta comercial diversa en esta ciudad se registran a finales de la década de los 70 y principios de los años 80 del siglo pasado promocionados como Unicentro y Multicentro, aunque no tenían las dimensiones aprobadas en la clasificación de centros comerciales⁸, a pesar de esa condicionante, fueron edificaciones pioneras en apostar por agrupar el comercio diversificado en combinación con el uso residencial. Casi una década después se construyeron pequeños centros comerciales oscilantes entre 6.000 y 9.000 m², algunos reprodujeron en sus respectivas escalas el modelo de los grandes centros comerciales y se localizaron en lugares distantes del tradicional centro de la ciudad.

Emblema de esta tendencia es el Centro Comercial Plaza San Cristóbal localizado en Barrio Obrero, que incorporó en el diseño exterior dos elementos de identificación simbólica asociados a la cotidianidad del potencial consumidor, la noción de plaza y el nombre de la ciudad, y en su interior se asignó a cada uno

⁷ Proyecto de Investigación: *La ciudad de San Cristóbal y los nuevos espacios comerciales*. Financiado por el Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico (CDCHT)/ULA Código: NUTULA-H-136-01-09-C. Fecha de aprobación: 2003. Finalizado, 2006.

⁸ Según la International Council Shopping Center los centros comerciales se clasifican de acuerdo a sus metros de construcción en muy grandes: más de 79.999 m²; grandes, entre 40.000 y 79.999 m²; medianos, entre 20.000 y 39.999 m²; pequeños, entre 5.000 y 9.000 m²

de sus niveles la toponimia de lugares populares de la organización espacial de San Cristóbal como son La Ermita, La Concordia, Pirineos.

Esta asociación simbólica, conformada por las palabras comercio-plaza-ciudad-lugares populares se presume, fue utilizada como atractivo para establecer la interconexión con el habitante-consumidor con la edificación que, novedosa en su momento, irrumpía en el espacio urbano en competencia con el tradicional espacio comercial del centro de la ciudad, pero también en disputa por el nicho promocional con otras áreas residenciales ofertadas, complementando el imaginario del consumidor la vinculación indisoluble de sus necesidades individuales y familiares compuesta por: el lugar comercial, la simulación la plaza de la ciudad, los lugares populares y la residencia, todo concentrado en un solo lugar.

Con características similares se construyeron y se construyen otros centros comerciales al este y al norte de la ciudad identificados en su mayoría con la toponimia del lugar o relacionado con algún elemento de su espacio físico. El término “centro comercial” se popularizó hasta hacerse extensivo a toda edificación comercial independientemente de sus dimensiones, incluyendo las casas residenciales transformadas en negocios de reducidos locales comerciales; muchas se modifican con esperpénticos diseños y precaria funcionalidad (Figura 7).

En el año 2006 se inauguró el gran centro comercial de la ciudad, el shopping center, El Sambil perteneciente a una cadena de centros comerciales construidos con el mismo nombre en seis ciudades venezolanas y sus filiales se extienden a la isla de Curazao, Santo Domingo, República Dominicana y Madrid, España. El Sambil San Cristóbal tiene un área de 74.680 m² de construcción, 220 locales comerciales, 31 espacios para quioscos distribuidos en dos niveles, un cine con ocho salas, feria de comidas y demás aspectos que caracterizan a la estructura interna de estos grandes establecimientos. Se localiza al norte en el entorno urbano de la ciudad en medio de dos avenidas que conectan al interior del estado Táchira y con el espacio regional andino al norte y el llanero al sur y cerca de la margen izquierda del río Torbes que atraviesa de norte a sur a la ciudad de San Cristóbal

Puede gustar a unos y molestar a otros, incluso no pretendemos valorar su estética, en fin de cuentas su funcionalidad es similar a todos los grandes centros comerciales. Interesa destacar unas breves observaciones sobre su iconografía así como algún aspecto de su impacto urbano. El logo promocional Sambil-San Cristóbal, se presume que forma parte de un diseñado para establecer la interconexión afectiva del centro comercial con el habitante-consumidor que se

complementa con la inscripción en la parte superior de su fachada principal con la identificación Sambil / Brisas del Torbes; este es el título de una típica y popular canción tachirense⁹ que utilizando el emblema del río Torbes, alude al afecto y la sensibilidad de ser y vivir en el montañoso paisaje andino.



Figura 7.- Centro comercial Plaza al fondo y otras edificaciones comerciales.
Fuente: Archivo Fotográfico MVM (2015).

La construcción de este centro comercial produjo gran entusiasmo en algunos promotores del turismo local y regional que sugirieron “modernizar” el entorno, haciendo la rocambolesca petición de cambiar la toponimia del popular sector Barrancas, una invasión consolidada al oeste de la ciudad y localizada frente al shopping center, por Colinas de Sambil que afortunadamente fue rechazada por la mayoría de sus habitantes; asimismo sugirieron pintar las fachadas de sus casas en blanco, intentando de esta manera imponer una armonía o una uniformidad del entorno, pero en el fondo era una propuesta que pretendía ocultar el desentonado color de la pobreza invasora que dio origen a Barrancas (Figura 8).

Como toda estructura comercial de estas dimensiones construida en una ciudad media como San Cristóbal, se introdujeron cambios en la dinámica de la ciudad, para convertirse en lugar de encuentro y movilización masiva de

⁹ Esta canción del género musical bambuco, fue compuesta por el músico tachirense Luis Felipe Ramón y Rivera en el año 1939, que se enraizó como ícono musical de identificación de las habitantes del estado Táchira.

compradores y paseantes, así como lugar de ocio y consumo que traspasó las fronteras de lo local para recibir a los visitantes de los espacios regionales andinos y llaneros venezolanos, pero también de las vecindades fronterizas de Colombia que lo fortaleció como el nuevo ícono de la ciudad.



Figura 8.- Shopping center de San Cristóbal
Fuente: Archivo fotográfico MVM (2017).

A pesar de esa novedad urbana, el centro comercial Sambil no sustituyó la plaza ni el tradicional espacio comercial de la ciudad, los pequeños centros comerciales sobrevivieron y distintas funcionalidades y especializaciones urbanas emergieron en otros espacios. Pero la ciudad no gira en torno a los centros comerciales y en las travesías urbanas se encuentran lugares-refugios que son expresiones de otras perspectivas del ocio, el afecto, la identificación urbana, pero que también caracterizan a esta ciudad fronteriza.

CIUDAD DE INMIGRANTES, CIUDAD DE PASO, LUGAR DE ENCUENTRO

San Cristóbal ha sido la ciudad de paso, refugio y albergue de inmigrantes. Ciudad de mezclas y mestizajes, la interculturalidad ha sido uno de sus rasgos dominantes. Colonizadores hispanos, aventureros y comerciantes europeos, latinoamericanos predominantemente colombianos, con los cuales existen lazos geográficos e históricos que constantemente y por diversos intereses han recalado en estas tierra. Los movimientos fueron siempre multidireccionales,

unos en las cercanías se desplazaban diariamente por razones de trabajo o familiares, otros lo hacían para echar raíces en estas tierras, o los nómadas que venían de la Colombia profunda buscando nuevos horizontes o huyendo de la violencia, este fue el panorama dominante hasta la primera década del siglo XXI.

A partir del año 2015, la ciudad se convirtió en lugar de paso para los emigrantes venezolanos provenientes de todas las regiones de Venezuela que huyen de la profunda crisis social y económica del país, con destino a la frontera con Colombia, unos para quedarse en sus adyacencias, otros para continuar sus largas travesías con destino final en otros países de América del Sur. La angustia, la soledad y la búsqueda de solidaridad están siempre presentes en los migrantes.

En las travesías realizadas por el centro de la ciudad de San Cristóbal nos acercamos al bar-restaurant Central, bautizado en cerrados círculos de asiduos visitantes como La Negritud; los bares despiertan filias y fobias, para algunos son ámbitos del encuentro transitorio pero también de la solidaridad y la nostalgia. Y eso lo hemos observado en este pequeño lugar. El escenario ha girado en torno al género musical la salsa caribeña y ha sido refugio predominantemente de inmigrantes mayoritariamente colombianos: costeños y caleños, así como de venezolanos fanáticos de la salsa brava y de algún curioso que deambula por la ciudad nocturna. Al atardecer los consecuentes visitantes, después de sus arduas jornadas laborales van haciendo su escala en este lugar donde la música, el baile y las espirituosas bebidas se han dispuesto para hacerlos entrar en otra dimensión de sus vidas.

En algún momento se baja la intensidad de la luz artificial: es el anuncio de la llegada de noche, adentro y distante van quedando el trabajo, la patria y la nostalgia; a partir de ese momento empieza otra cotidianidad (Figura 9). Al ritmo del Grupo Niche, Maelo, Dimensión Latina, Guayacán, Lavoe, Oscar D' León, La Sonora Matancera, las Estrellas de Fania, El Gran Combo de Puerto Rico, en fin, de todo ese espectro musical, se da rienda suelta a la imaginación. El ambiente entra en fase de desinhibición, la música ha tocado el fondo del alma y en muchos se desata la pasión por el baile. Los hombres bailan en la barra o en cualquier rincón posible: no hay prejuicios machistas; igualmente lo hacen las mujeres, pero no es feminismo; y por supuesto en combinación de parejas conocidas o eventuales. No faltan los personajes que con cierto aire de clandestinidad disfrutan del espectáculo. Aunque los movimientos corporales de casi todos van al compás de la música, algunos hacen gala de una magistral destreza para envidia de neófitos e incorregibles en el aprendizaje de ese arte; pocos ríen y sus rostros permanecen rígidos: tal vez es el trajín de la vida.

Sin embargo, en sus bailoteos se produce una descarga que trasmite felicidad momentánea. Al mismo tiempo, otros, a viva voz, repiten las letras de las

canciones como sintiendo estar metidos en la piel de las estrellas del canto caribeñas y latinas, o formando parte de sus coros; eso somos todos. Recordamos, al Gran Flavio Angulo, caleño, dueño del bar que siempre encandiló con su sabiduría sobre este género musical. No había detalle que dejará sin comentar sobre cualquier melodía, no dejaba preguntas en el aire, tenía un dominio exquisito del tema. ¡La vida te da sorpresas! Durante varias décadas pasaron por este local gente oriunda de diversos lugares del país vecino, unos para quedarse, otros buscando rumbos en la extensa geografía venezolana. En este escenario transfronterizo también vimos los rostros visiblemente tristes que no deseaban reencontrarse con el violento paisaje de su tierra natal. En suma, este es otro lugar urbano que aún pervive en la ciudad fronteriza, un lugar sin fronteras.



Figura 9 - Bar Central, San Cristóbal
Fuente: Archivo fotográfico MVM (2017).

RETORNO AL INICIO: ENTRE BARRIOS Y URBANIZACIONES

Regresamos al lugar inicial del itinerario trazado para recorrer algunos lugares de la ciudad, atravesamos la plaza Juan Maldonado y seguimos la ruta por un callejón del entorno para observar una parte del paisaje urbano al sur de San Cristóbal. Desde el borde de la calle se observa el barrio 8 de Diciembre, la toponimia corresponde a una fecha religiosa, un dogma de la iglesia católica decretado en 1854 relacionado con Inmaculada Concepción (Figuras 10). El núcleo originario de este barrio aparece registrado en el croquis de la ciudad de San Cristóbal de 1903 como

barrio Guzmán Blanco asentado alrededor de los ambientes frágiles de las quebradas San Sebastián y La Bermeja que fue des un principio y evolucionó como espacio de la habitabilidad precaria; ejemplos similares se aprecian al norte de la ciudad en el sector San Pedro (hoy parte del barrio Puerta del Sol) emplazado en el entorno de la quebrada La Parada y al oeste en el barrio Miranda (en la actualidad barrio 23 de Enero) localizado cerca del río Torbes.



Figura 10.- Barrio 8 de Diciembre. Sur de la ciudad.
Fuente: Archivo Fotográfico MVM (2017).

El barrio ha sido una estructura organizativa fundamental en la expansión de las fronteras urbanas de la ciudad, planificados o improvisados han sido y son lugares fraternidad aunque como todo ámbito organizativo no está exento de conflictos. Chiossone (1960, p. 69) al evocar La Ermita en San Cristóbal destaca el significado del barrio como un componente esencial de la ciudad; el barrio, señala el autor citado, “ha tenido una gran influencia en la formación de las costumbres y ha contribuido a la solidaridad social. Allí las gentes se conocen y se comunican sus impresiones, emociones y sentimientos”; esta perspectiva expresa una de las características que definen la geografía cotidiana y fortalecen el tejido urbano. Pero el barrio no es sólo afecto y tiene razón Trigo (2008, p.23) al plantear que el barrio “no es únicamente el que presenta necesidades y deseos, ni la ciudad la que los resuelve, al menos en principio. El barrio se hace presente como mundo-de-vida que, es como cultura en proceso, que sabe que necesita de

la ciudad para constituirse con plenitud, pero también que puede aportar a ella”. Y ese mundo de la vida, ese proceso cultural está inmerso en las configuraciones del tejido urbano que incluso siendo improvisada su construcción, contribuyen a definir el sentido polisémico de la ciudad al entrecruzarse con otras conformaciones socioespaciales urbanas (Figura 11)



Figura 11. – Laberintos urbanos de la ciudad de San Cristóbal
Fuente: Archivo fotográfico MVM (2017).

En el caso de San Cristóbal, nuestra ciudad parcialmente explorada, se estima que existen alrededor de 250 barrios algunos construidos en abruptas topografías como se observan en las adyacencias de la Plaza Juan Maldonado, describiendo el ingenio popular para habitar en espacios arquitectónicamente diseñados para la supervivencia, esta imagen que se repite en varios sectores de la ciudad andina y fronteriza. Los barrios se entremezclan en muchas partes con otras formas organizativas como unidades vecinales, urbanizaciones y conjuntos residenciales que definen el espacio residencial de la ciudad, con sus específicos modelos y estructuras funcionales.

Los barrios compiten con el crecimiento de conjuntos residenciales cerrados verticales u horizontales, públicos o privados con sus muros y personal para la seguridad, sus particulares normas de funcionamiento y acceso restringido. Una tendencia igualmente observada en barrios de difícil acceso donde el enrejado es parte de la protección de la casa. Estos muros y rejas reflejan la inseguridad y la violencia que se extiende como manchas por todo el espacio urbano y en la mayoría de los casos describen los mecanismos alternos de protección de los

habitantes ante la ausencia de políticas públicas de seguridad ciudadana. Pero los muros y cercas también forman parte de los diseños en la construcción de ámbitos residenciales, como mecanismos de fragmentación social, por ejemplo, urbanizaciones y conjuntos residenciales amurallados que funcionan como límites/fronterizos para aíslan a sus habitantes/propietarios del entorno y establecen sus especiales normas de funcionamiento. (Figura 12 y 13) A decir de Tuan (2005, p.163) “... los muros destinados a mantener alejados todos los peligros, encierra a su vez a las personas; las casas aunque constituyen un eficaz refugio amenazan por convertirse en prisiones”.



Figura 12.- Urbanización privada de la ciudad.
Fuente: Archivo Fotográfico MVM. (2017).



Figura 13.- Colinas de Maisanta. Invasión en la ciudad.
Fuente: Archivo fotográfico MVM. (2017).

Asimismo hay marcadas diferencias en habitar en los barrios de precarias condiciones de vida al oeste y los de sectores medios bajos y altos del este de la ciudad que se asientan en otros paisajes urbanos; también se aprecian sustanciales diferencias en la creciente pobreza en los extremos de la periferia sur y los barrios del norte de la ciudad. En este ambiente urbano se incrementan los ranchos, unas estructuras habitacionales de extrema pobreza; en las conservadoras cifras del censo de población y vivienda del año 2001 se contabilizaron en San Cristóbal un total de 1.568 ranchos, en el censo de 2011 la cifra creció a 3.400 unidades viviendas con estas características, lo que también es un indicador del incremento de la pobreza urbana

Estos contrastes socioespaciales reflejan la progresiva agudización de la crisis social y económica de Venezuela que se profundizó en el año 2015, afectando además, la calidad de vida en todos los sectores sociales. Según la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI, 2016) para ese año el 73% de los hogares venezolanos estaban en condiciones de pobreza y el 48,9 vivía en pobreza extrema y para el año 2017 la pobreza había aumentado a 81,8%; la encuesta también señala que 9,6 millones de venezolanos ingerían dos o menos comidas diarias. A este panorama se suma el desabastecimiento y la escasez de medicina que según datos publicados por la Federación Farmacéutica de Venezuela fue del 70% y la Federación Médica reportó las dramáticas condiciones en que se encontraban los centros asistenciales con alrededor de 70% de la escasez de insumos básicos y médico-quirúrgicos, datos estos que muestran el deterioro del sector salud.

ITINERARIO CALLEJERO, LA CIUDAD EN DECADENCIA

Es inocultable la decadencia, pero no en sólo esta ciudad San Cristóbal, es como una superposición de manchas extendidas por toda la geografía urbana venezolana, apesadumbrando la cotidianidad. El espacio construido se decolora y hasta el escaso patrimonio, esa leve huella del pasado y esa memoria geográfica que conecta con nuestras identificaciones simbólicas, se esfuma. Simultáneamente los espacios culturales se reducen a su mínima expresión y la vida urbana se lentifica. En ese ambiente el urbanita apura su paso en el desesperado hábitat de la supervivencia para ocupar un puesto en una de las largas filas que debe hacer para adquirir algún producto alimenticio o una medicina, donde consumirá gran parte de su tiempo cotidiano esperando su turno, pero con la incerteza de saber si logrará finalmente su objetivo.

Cruzar las calles tiene otros ritmos señalizados por esas cartografías personales que se trazan para evitar la inseguridad y evadir la violencia en todas sus modalidades, observada y padecida en el asalto en la vía pública y ante la

mirada atónita de la víctima y su entorno. Un breve relato cotidiano: el motorizado con su acompañante se detiene en la mitad de la vía, uno de ellos desenfunda la reluciente y brillante pistola, dispara varias veces al aire, da un vistazo alrededor y continúa ufano por desconocido rumbo. Esta escena no es ficción, tampoco un cuento de tercera persona es parte de la experiencia cotidiana de la geografía personal en el espacio vivido.

Inquieta la actitud manifiesta en torno al delito, esa especie de sorna difícil de desentrañar cuando se relatan los sucesos criminales, a veces la entendemos como un mecanismo de escape, resignación e impotencia. Pero también alarma la frivolidad asumida frente a otras violencias. Otro relato: en mayo de 2008 una avalancha de fanáticos de fútbol del equipo local, el Deportivo Táchira, en disputa por obtener un boleto para asistir al partido en que estaba en juego la Sexta Estrella del campeonato nacional causaron la muerte de otros dos fanáticos; la Presidenta del Club lamentó públicamente los hechos, extendió sus condolencia a los familiares y posteriormente declaró que la fiesta debe continuar y la fiesta continuó, el equipo ganó la sexta estrella y la muerte del hincha pasó al olvido.

Al transitar por la ciudad a veces se presentimos que se vive bajo la sombra del peligro y no se aleja de la realidad en estas décadas del siglo XXI venezolano. El funcionario público agradece; la violencia y represión gubernamental se afinca contra toda disidencia política o protesta social; los motorizados vestidos de verde oliva, casco de guerra y armas largas que escoltan, probablemente a un alto funcionario militar o civil, amedrentan y violan todas las normas de tránsito; el inescrupuloso con arrogante tono voz sentencia: lo compras a ese precio, lo pagas en dinero efectivo, o no te lo vendo. Este es el espacio público asaltado y desdibujado de su naturaleza y funcionalidad y así van transcurriendo los días, ya literalmente en la oscurana, reforzada por esas desesperantes interrupciones de electricidad; este es el paisaje la ciudad y la sociedad venezolana en ruinas.

La indignación brota en todos los rincones urbanos a finales de esta segunda década del siglo XXI y alcanza alto grado de efervescencia cuando se despliegan la prepotencia, la opulencia de unos pocos individuos y las burlas del gobierno nacional frente a las emergencias y urgencias de la mayoría de ciudadanos. ¡Quién lo diría! Tanta vocinglería revolucionaria contra el capitalismo salvaje, para terminar imponiendo esta salvajada bolivariana.

En el magnífico libro de Ítalo Calvino, *Las Ciudades Invisibles* (1995, P.250-251) el Gran Jan dice: “todo es inútil si el último fondeadero no puede ser sino la ciudad infernal, y donde, allí en el fondo, en una espiral cada vez más cerrada, nos sorbe la corriente.” Y le contesta Polo:

El infierno de los vivos no es algo por venir: hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.

Pensamos que no todo está perdido en este degradado paisaje urbano y conjeturamos sobre la ciudad deseada. Imaginamos por un momento que las autoridades locales, el Alcalde y sus funcionarios están debatiendo sobre el presente, el rescate y el futuro de esta ciudad andina y fronteriza más allá de la rutinaria administración de los recursos. Pensamos por unos instantes en la posibilidad de que pudieran estar analizando las estrategias culturales como centro fundamental de la gestión y la gobernanza, no limitada a la provinciana diatriba de los puntuales eventos feriales. Imaginamos por un momento que deliberan sobre el despliegue de un plan educativo fuera de los ámbitos escolares, para reconquistar la ciudadanía y la convivencia. Imaginamos que están buscando los mecanismos eficientes para combatir la corrupción y prestar la adecuada atención a los usuarios de la ciudad. Pensamos que están trazando las estrategias eficaces para la prestación de servicios, así como un conjunto de políticas solidarias para los sectores sociales más vulnerables. Conjeturamos que están priorizando a los ciudadanos y relegando los intereses partidistas. Imaginamos a los ciudadanos en su cotidiano callejeo por los lugares y escenarios de la ciudad en sosiego; deseamos vivir en la Venezuela posible del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

AMADO, A. *Así era la vida en San Cristóbal*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Edición Cuatricentenario. Imprenta Nacional, Caracas, 1960.

CALVINO, Í. *Las ciudades invisibles*. Segunda edición. Ediciones Minotauro. Barcelona-España, 1995.

CÁRDENAS, H. *Las lomas del viento*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Edición Cuatricentenario. Imprenta Nacional, Caracas-Venezuela, 1978.

CASTILLO LARA, L. *Elementos históricos de San Cristóbal colonial. El proceso formativo*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Edición Cuatricentenario. Imprenta Nacional, Caracas, 1987.

CHIOSSONE, T. *Historia del Estado Táchira*. Ediciones Presidencia de la República, Imprenta Nacional, Caracas, 1981.

_____. *La Villa*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Imprenta Nacional, Caracas, 1960.

DURÁN P., W. *Cartografía Histórica de la Ciudad de San Cristóbal*. Decanto de Investigación. Universidad Nacional Experimental del Táchira. San Cristóbal, 1994.

HERNÁNDEZ C., L. *San Cristóbal a través de las plazas y parques*. San Cristóbal, 2016.

- _____. *El Salón de Lectura*. En: Centenario Sociedad Salón de Lectura-Ateneo del Táchira. Litoandes, San Cristóbal. p. 4-7, 2007.
- JUNG, C. *El hombre y sus símbolos*. Quinta edición. Biblioteca Universal Contemporánea. Madrid- España, 1992.
- LYNCH, K. *La imagen de la ciudad*. Cuarta edición en español. Ediciones Gustavo Gil. Barcelona-España, 2000.
- MARTÍN-BARBERO, J. *Oficios de cartógrafo*. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura. Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile- Chile, 2002.
- MEDINA, J. R. *La invención de América o la tierra nueva*. En: Historia real y fantástica del nuevo mundo. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1992.
- MORENO, F. *Los símbolos de la ciudad y algo más*. Editorial Lectura Felices C.A. San Cristóbal, 2007.
- RAMOS, M. E. *La cultura bajo acoso*. Editorial Exlibris. Caracas, 2012.
- ROMERO, J. L. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Ediciones Universitarias de Antioquia. Medellín, 1999.
- TRIGO, P. *La cultura del Barrio*. Edición Fundación Centro Gumilla. Caracas, 2008.
- TUAN, Y. *Topofilia*. Primera edición en español. Editorial Melusina. S.L. Barcelona-España, 2007.
- _____. *Cosmos y hogar*. Un punto de vista cosmopolita. Editorial Melusina. S.L. Barcelona-España, 2005.
- VALERO MARTÍNEZ, M. *Vendedores ambulantes: Viejos y nuevos actores*. Caso San Cristóbal. En: *Revista Aldea Mundo* n° 35. Enero-junio. San Cristóbal Pp. 59-72, 2013.
- _____. *El Estado Táchira*. Capítulo 55, Tomo 7, en: Grau Cunill Pedro (Coord.) GeoVenezuela. Ediciones Fundación Polar. Caracas. P. 776 (128-241), 2009.
- _____. *Ciudades Transfronterizas e interdependencia comercial, en la frontera Venezuela/Colombia*. En: D. Haroldo (Coordinador). *Ciudades en la frontera*. Editora Manatí. Santo Domingo-República Dominicana, 2008.
- _____. *Ciudad y fronteras*. *Revista Aldea Mundo* N° 17. CEFI-ULA. p. 21-27. San Cristóbal, 2004.
- _____. *Las fronteras como espacios de integración*. Editorial Tropykos, Caracas, 2002
- VELÁZQUEZ, R. J. *San Cristóbal donde empieza la patria*. Imprenta Nacional. Caracas, 1972.
- VIVAS, L. *Geotemas Venezuela*. Fondo editorial Simón Rodríguez. San Cristóbal, 2012.
- _____. *Los andes venezolanos*. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1992.
- VILLAFANE, J. G. *Apuntes estadísticos del Táchira*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Imprenta Nacional, Caracas, 1960.

VOLVER A SUMARIO